

COREA: UNA AMENAZA LATENTE

En una de sus últimas sesiones del pasado año, las Naciones Unidas aprobaban la recomendación de que continúe en Corea del Sur la presencia política y militar de la Organización Internacional. Esta resolución indica que hoy, a los dieciséis años de la firma del armisticio que ponía fin a la sangrienta guerra allí entablada, Corea sigue mostrando signos preocupantes de una efervescencia que puede desembocar, en cualquier momento, en la reanudación de las hostilidades. Por ello, la Organización de las Naciones Unidas considera, con evidente lógica, que debe continuar manteniendo sus tropas hasta que hayan desaparecido las causas promotoras del conflicto.

Ahora bien, si las fuerzas armadas onusianas deben continuar acantonadas al sur del paralelo 38°—y esto, además, sucede con la expresa oposición de los países del bloque socialista que desde hace años vienen reclamando su retirada—hasta que se advierta una razonable disminución de la tensión, entonces será preciso hacerse a la idea de que a las tropas internacionales les aguarda una larga estancia en aquellos parajes, porque la desgraciada realidad es que Corea, en vez de registrar una gradual pacificación viene demostrando, en forma alarmante, signos evidentes de que se aproxima un bélico enfrentamiento entre las partes que en 1950 desencadenaron la guerra civil. En tal sentido la prolongada pausa de tres lustros transcurrida desde la firma del armisticio sólo ha representado, para el régimen del Norte, el lapso de tiempo preciso para recuperarse de las pérdidas experimentadas durante la contienda de tres años y para poner a punto una nueva maquinaria bélica, más perfecta que la que poseía antaño, capaz de ejecutar, esta vez con éxito, la misión que entonces se propuso: extender a toda la península coreana el régimen comunista.

Todos los antecedentes conocidos parecen apuntar en ese sentido y a ellos nos vamos a referir más adelante. Pese a lo cual, para gran parte de la opinión

pública internacional, por lo menos para un sector muy representativo de la misma, esa conclusión a que aludimos parece estar reñida con un acto espectacular ocurrido, precisamente, cuando finalizaba el año 1968: la liberación de los tripulantes del barco-espía de los Estados Unidos *USS Pueblo*, que había sido apresado once meses antes. La puesta en libertad de los 82 hombres que constituían la tripulación ha causado, como no podía por menos de suceder, la impresión de que el régimen de Pyongyang busca la solución pacífica y armoniosa de sus querellas o diferencias con las potencias extranjeras. En tales condiciones resulta muy difícil modificar esa impresión para establecer, de forma categórica, la grave amenaza que representa la decidida vocación del régimen norteamericano de llegar a la reunificación por medio de la fuerza militar.

Así, insistiendo en este asunto que contiene perfiles muy reveladores, entre otras interpretaciones que cabe atribuir al sensacional caso del *Pueblo*—refiriéndonos tanto al acto de la captura como al de la devolución de sus tripulantes—figura muy caracterizadamente la de que haya sido solamente un golpe de efecto en el que ha montado una fabulosa propaganda. Después de los muchos meses transcurridos desde que, en la madrugada del 23 de enero de 1968, fuera apresado el navío por guardacostas norcoreanos, no se ha demostrado, de una forma terminante, que el barco norteamericano llegase a violar las aguas territoriales de Corea del Norte. Washington negó desde el primer momento que se hubiera cometido la referida violación, y ahora, habiendo recuperado a todos los hombres detenidos, insiste en esa negativa¹. Ciertamente es que hubo un momento—durante las declaraciones, televisadas el 4 de febrero, de los secretarios de Estado y Defensa, Rusk y McNamara—en que se admitía, por primera vez, la «posibilidad» de que el buque violara las doce millas jurisdiccionales. «Creo que no podemos afirmar sin sombra de duda que el *Pueblo* no haya penetrado, en algún momento de su viaje, en las aguas norcoreanas», aseguraba McNamara en aquella ocasión. Pero el efecto de estas palabras—la duda razonable—se desvanece cuando se considera, como se ha sabido más tarde de forma fehaciente, que se trataba de una concesión estadounidense destinada a lograr que Pyongyang se aviniese a entablar negociaciones para discutir el rescate de los prisioneros. Es decir, que no se trataba de una auténtica duda sobre cuál era la posición del navío en el momento de

¹ El 26 de diciembre pasado, uno de los oficiales del "Pueblo", el teniente Edward Murphy, declaraba, en conferencia de Prensa, que los mapas "probaban, de manera indudable", que no se habían violado las aguas norcoreanas.

su apresamiento, sino de un ardid, justificable desde el punto de vista humanitario, para satisfacer al enemigo en su vanidad y llevarlo a la mesa de las negociaciones. Tampoco pueden exhibirse, a efectos probatorios de la tesis norcoreana, con garantías de veracidad, las dos confesiones del capitán del *Pueblo*, en que admitía su falta. En la segunda de ellas, la transmitida el 12 de febrero por la radio de Pyongyang, el capitán declaraba, de forma más concreta que en la primera, que el barco había sido localizado «muy al interior de las aguas territoriales norcoreanas». Al conocerse, tras de la liberación, las terribles condiciones en que se hallaban confinados esos hombres—sujetos a todo tipo de torturas psíquicas y materiales—, es disculpable que hubiesen admitido todo género de transgresiones para disminuir el terror que les circundaba. Estas confesiones obtenidas por la violencia carecen de valor probatorio. Es decir, que desde todos los puntos de vista, aun solventado el incidente, subsiste la incógnita de la situación del *Pueblo* en el momento de su detención. Es muy probable, en consecuencia, que estando alertada la Marina de Corea del Norte de la presencia, por los parajes aledaños a las aguas jurisdiccionales, de un navío tan valioso y tan moderno, hubiese aprovechado la circunstancia de que navegaba solitario y prácticamente indefenso para apoderarse de él sin mayores razones, justificando el rapto con los susodichos alegatos de violación de las aguas jurisdiccionales.

Si no ha sido demostrado, de forma concluyente y veraz, este aspecto esencial de la cuestión, todo lo demás puede ser contemplado desde el punto de vista de un montaje propagandístico de colosales proporciones. Así, las primeras reacciones, enérgicas y amenazadoras de Washington—que exigía la devolución inmediata del buque y sus tripulantes, así como la presentación de excusas por el incidente—fueron suficientemente aireadas por toda la Prensa asiática de un determinado matiz, como la muestra arrogante del despotismo de una gran potencia acostumbrada a imponer su voluntad a los países más débiles. Tal interpretación debía, forzosamente, despertar un eco de antipatía hacia quienes pretendían atropellar los derechos soberanos de una pequeña nación. Más tarde, cuando Washington retiraba al *Enterprise* y adoptaba una actitud más flexible, Pyongyang sacaba también partido de ese cambio de actitud al proclamar a los cuatro vientos que los Estados Unidos se veían obligados a claudicar—confirmando que se trataba de «un tigre de papel»—ante la heroica decisión de todo un pueblo de no aceptar el *Diktat* de la gran potencia y estar dispuesto al sacrificio para evitarlo. A lo largo de once meses, Corea del Norte ha estado explotando, sistemáticamente, todas las amplias posibilida-

de propagandísticas que le deparaban las interminables negociaciones de Panmunjón.

Y esto supo hacerlo con tan extraordinaria habilidad que precisamente el cambio de tono del Departamento de Estado, pasando de la energía a la prudencia, al ser interpretado por la Prensa de Kim Il Sung como un indicio de impotencia, creaba a los Estados Unidos una complicación de extremada gravedad con su aliado del Sur. Porque si esta postura flexible complacía a Pyongyang y le incitaba a proseguir el diálogo, en Seoul se extendía un sentimiento de decepción ante lo que se consideraba como una capitulación norteamericana frente a sus enemigos del Norte. Gigantescas manifestaciones se desarrollaban al sur del paralelo 38°, subrayando el disgusto que les producía el aliado norteamericano que tan visiblemente procuraba rehuir todo conflicto con Corea del Norte y que estaba dispuesto a admitir las mayores humillaciones al objeto visible de no irritar al Gobierno de Kim Il Sung y evitar complicaciones suplementarias a las que afrontaba en Vietnam. El presidente surcoreano, Chung Hee Park, haciéndose eco de estos sentimientos, hacía saber a Washington estas preocupaciones y llegaba incluso a amenazar con la retirada de los 50.000 soldados surcoreanos que, con tanta eficacia, combaten en Vietnam y que podrían ser necesarios para la defensa de la patria, en caso de emergencia, de continuar la pasividad americana. Es la consecuencia inevitable de la pérdida de prestigio que la debilidad produce entre los pueblos asiáticos. Park, en consecuencia, exigía la garantía de que las fuerzas armadas norteamericanas actuarían, instantánea y fulminantemente, no sólo en el caso de una ofensiva general del enemigo, sino para responder a las «provocaciones aisladas» fronterizas que venían adoptando un tono amenazador. La propaganda norcoreana se apuntaba así un éxito trascendental al lograr introducir una cuña en las relaciones, amistosas hasta entonces, de los dos países aliados. Washington, para evitar una ruptura de funestas consecuencias, se veía en la necesidad de desplegar las mejores habilidades diplomáticas para lograr, simultáneamente, seguir contentando al Norte, al objeto de continuar las conversaciones de Panmunjón, encaminadas a conseguir la liberación de los prisioneros, y evitar que se ahondasen sus diferencias con el aliado meridional. Con tal fin, el presidente Johnson enviaba a Seoul a uno de sus más brillantes negociadores, Cyrus Vance, quien, tras laboriosas gestiones con el presidente Park y con el jefe del Gobierno, Chung Il Kwon, lograba apaciguar los ánimos y restablecer, en cierto grado por lo menos, el clima de cordialidad que fuera, más tarde, afirmado en las entrevistas de Hawai de los dos presidentes. Wash-

ington se comprometía, según los términos del acuerdo de mutua defensa, a la acción militar solicitada por Seul, estableciendo los dispositivos más eficaces para impedir la infiltración norcoreana de comandos enemigos, y a proporcionar, en el plazo máximo de seis meses, ayuda para el reforzamiento de las fuerzas armadas, invirtiendo cien millones de dólares en el suministro del más moderno equipo militar.

Tales son los aspectos más característicos que se desprenden del famoso asunto del *Pueblo*. En el fondo, se trata de episodios inherentes a todo país que vive la paz precaria propia de un armisticio provisional que se ha limitado a hacer callar las armas sin preocuparse de resolver las causas que le han dado origen. Corea, contemplando las cosas bajo este prisma, vive una paz provisional, puesto que el conflicto sólo está dormido, aletargado más bien, y puede despertar, ya que las poblaciones del Norte—sus organizaciones políticas y sus dirigentes—conservan vigentes los ideales que les empujaron a tratar de imponer, en 1950, una doctrina a toda la península. Para realizar esos anhelos, el Ejército comunista es el brazo ejecutor y la presencia, junto a las lindes fronterizas, de fuerzas potentes y aguerridas origina, esto es inevitable, choques y combates muy frecuentes. Seul se siente extraordinariamente preocupado por el gran aumento de las incursiones de los comandos nordistas en el Sur de la línea de armisticio. Desde finales de 1966 se registran señales inequívocas de que Corea del Norte está dispuesta a emprender acciones de gran envergadura al sur del paralelo 38°. Durante el último trimestre de dicho año y los subsiguientes de 1967 y 1968 se han multiplicado las operaciones de tipo bélico con una frecuencia alarmante que excede del décuplo de las registradas antes de dicha fecha. Este recrudecimiento de los choques fronterizos se ha venido interpretando en el sentido de que constituía una maniobra de diversión para los Estados Unidos, con el fin de crear un foco permanente de tensión que distrajera elevados contingentes militares americanos y de Corea del Sur impidiendo su envío a Vietnam. Es decir, se le consideraba en función de una estrategia global comunista. No obstante, un examen más profundo y detenido revela, sin excluir aquel objetivo, que obedece a unas causas puramente coreanas. Puede admitirse, así, que la presencia de comandos en el territorio meridional tiene por motivo principal el de fomentar la inestabilidad, incitar a la rebeldía, ejecutar grandes operaciones de sabotaje y, en último término, depauperar la economía surcoreana, que tan brillante trayectoria ha adquirido durante los últimos años. El punto de partida de esta evidencia puede establecerse en la irrupción, en enero de 1968, de un comando nordista—formado

por 31 hombres armados pertenecientes a la 124 unidad del Ejército norcoreano, que agrupa a elementos entrenados para ejecutar acciones subversivas en Corea del Sur—hasta la propia capital con la misión de asesinar al presidente Chung Hee Park y a varios de sus ministros. Este comando causó la muerte, en el curso de distintas refriegas, del jefe de policía del distrito de Jongvo, de dos agentes y de cinco paisanos. En los primeros momentos, las tropas lograron dar muerte a siete de los terroristas, viéndose obligados los restantes miembros de la partida a huir de la capital sin haber cumplido el magnicidio. Otros ocho perecieron en una serie de encuentros posteriores y también eran apresados el subteniente Kim Shin Jo y otros dos más, creyéndose que alguno de los restantes había fallecido a consecuencia de las heridas recibidas. Siguiendo muy de cerca a esta fracasada tentativa para decapitar de un solo golpe al régimen surcoreano—momento que sería aprovechado, según las declaraciones de los prisioneros, para desencadenar la ofensiva general a lo largo de la zona desmilitarizada y fomentar la insurrección interna en el Sur—se entablaban violentos combates en las zonas fronterizas.

Parece claro, por tanto, que cuando Pyongyang despachaba hacia el Sur a este selecto comando—que, según admitieron los detenidos, se venía entrenando desde hacía dos años para verificar el ataque al palacio presidencial de Seul—era por juzgar que había llegado un momento especialmente apropiado para provocar la insurrección en el Sur, dando paso a las tajantes órdenes que ha venido repitiendo, en varios de sus discursos, Kim Il Sung, de que es preciso reunificar Corea por la fuerza, para lo cual ha llevado al clímax, durante los dos últimos años, una propaganda de tipo bélico que se acompasaba con un extraordinario refuerzo del potencial militar.

Si bien es cierto que los choques fronterizos, a los que hemos venido aludiendo, han producido un elevado número de bajas a las fuerzas norcoreanas, las pérdidas quedan compensadas por el número, relativamente considerable, de comandos que han logrado infiltrarse en territorio del Sur para constituir núcleos guerrilleros a los que se van agregando los elementos descontentos del régimen de Seul. Particularmente en las regiones montañosas del Este se han señalado la presencia de numerosas partidas. Grupos armados actúan en la región de Uljin (donde se produjeron violentos combates del 6 al 9 de noviembre) y Samchok, así como en la península de Taean e incluso en la isla de Cheju-Do. Es decir, que lentamente y a favor de los restos de los comandos infiltrados desde el Norte sin solución de continuidad se van creando los focos de subversión que den, más tarde, nacimiento a las «zonas liberadas». Se

adopta así en Corea el mismo sistema que ha dado tan excelentes frutos en Vietnam. Ciertamente que una parte sustancial de los componentes de esas guerrillas serán, como pretende el Gobierno meridional, elementos nordistas que han conseguido infiltrarse a través de las líneas desmilitarizadas, pero también es indudable que a las partidas se han unido otros elementos procedentes del Sur, especialmente campesinos atraídos por las brillantes promesas de los emisarios de Pyongyang.

Estas partidas irregulares han llegado, con toda certeza, a sumar considerables efectivos al agregarse a los comandos infiltrados cierto número de elementos sudistas de afines ideologías. Pyongyang procede a reforzar estas partidas tan pronto como adquieren una cierta importancia por su volumen. En tal sentido podemos considerar los desembarcos de comandos norcoreanos producidos en la costa oriental desde fines de octubre del pasado año. Se creaba, mediante este procedimiento, a 150 kilómetros de Seul una zona rebelde, en terreno montañoso, muy quebrado, que podría servir de base para ataques a la capital. La perspectiva no pasó inadvertida, causando graves preocupaciones al alto mando de las fuerzas armadas que decidió acometer grandes operaciones de limpieza, que fueron comenzadas el 2 de noviembre, y durante las cuales, después de siete semanas, se había logrado dar muerte a 96 guerrilleros, eliminando la posibilidad de que se convirtiera en un extenso foco de amenaza.

Ha quedado demostrado, durante el interrogatorio de los prisioneros, que la principal vía de infiltración para los comandos procedentes del Norte no es a través de la zona desmilitarizada, muy vigilada por fuerzas potentes a las cuales resulta muy difícil sustraerse, sino mediante los desembarcos nocturnos a lo largo de la extensa costa de Corea del Sur. A pesar de la incesante vigilancia de los patrulleros de Seul, las embarcaciones de pequeño calado, que durante la noche pasan inadvertidas a la vigilancia enemiga, aportan ininterrumpidamente nuevos combatientes enviados desde el Norte a zonas en las que se ha comprobado previamente que existen núcleos de simpatizantes que forman redes clandestinas destinadas a facilitar refugio a los recién llegados, proporcionándoles los medios para ejecutar misiones de sabotaje y para trasladarse a regiones propicias para crear núcleos de resistencia. Constantemente, la radio de Pyongyang difunde una tenaz propaganda para que las masas campesinas del Sur se subleven contra «el régimen lacayo de los imperialistas americanos». Este llamamiento a los sentimientos xenófobos logra un indudable

éxito atrayendo muchos partidarios, aunque no en la cantidad suficiente como para desembocar en una rebelión de gran alcance.

Como ocurre en todos los países divididos artificialmente después de la postguerra, existe un contacto, cierto y continuado, entre los habitantes de ambas Coreas. Como consecuencia de ello, resulta apreciable la huella del espionaje verificado a favor de ambos bandos, pero especialmente en beneficio del Norte, con lo que se facilita la infiltración de comandos comunistas. Seul dedica una atención preferente a desbaratar, mediante sus servicios de información y contraespionaje, estas redes tan cuidadosamente preparadas. Precisamente en diciembre acaparó la atención mundial uno de los más espectaculares de estos casos, cuando el Tribunal de Apelación de Seul, que juzgaba a doce intelectuales acusados de espionaje, emitía su veredicto. Se trataba del segundo juicio contra los mismos acusados, puesto que en abril se había dictado contra ellos diversas condenas que fueron anuladas por el Tribunal Supremo por considerar que se basaban en pruebas insuficientes. En su nuevo veredicto, eran mantenidas dos de las tres condenas a muerte pronunciadas anteriormente—las de Chung Kyu Myong, estudiante de Física en la Universidad de Francfort, y la del profesor Chung Ha Ryong—, siendo sentenciados a diversas penas de prisión los restantes reos. Pese a la protesta de Alemania, donde habían sido raptados los procesados, fue llevada adelante la causa con objeto de que sirviera de advertencia a otros elementos susceptibles de verse complicados. También el 27 de diciembre el Tribunal de Seul condenaba a muerte a un norcoreano y a dos surcoreanos acusados de haber trabajado desde 1962 en una red de espionaje establecida en la pequeña isla de Imjado, que comprendía 27 personas y que había sido desmantelada en el mes de julio por los servicios secretos. Estos dos ejemplos indican la extensión que estas actividades han adquirido en Corea, tal como corresponde a una situación de inquietud prebélica como la que presenta el país.

Todos los antecedentes disponibles—extensión del espionaje, infiltración por tierra y mar de comandos comunistas, acción de partidas guerrilleras, etc.—sugieren que Pyongyang ha iniciado la fase preparatoria para una nueva invasión del Sur, análoga a la que desencadenó en 1950. Con ocasión del vigésimo aniversario de Corea del Norte, el jefe del Gobierno, Kim Il Sung, declaraba el pasado mes de septiembre que «la unificación de Corea del Norte y del Sur sólo podrá lograrse al precio de violentos esfuerzos», puesto que, según agregaba, «los medios pacíficos o la paciente espera no conducirán nunca a la reunificación». Apoyando estas palabras se hallan los hechos concernientes al

extraordinario reforzamiento del potencial bélico nordista. En el segundo trimestre de 1968 se triplicaba el número de aviones Mig-21 de la flota aérea comunista, que a primeros de año contaba con el doble número de aparatos que la del Sur. El Ejército comunista, a su vez, alcanzaba unos efectivos de 370.000 hombres, a los que se agregan otros 110.000 reservistas. Todos los datos que se conocen indican que Corea del Norte se está transformando en una «fortaleza militar» (según las palabras del propio Kim Il Sung) con la misión de realizar «la tarea sagrada de la unificación», que el supremo dirigente nordista viene predicando desde hace algunos años.

Se comprenden los temores que estos acontecimientos, especialmente los desarrollados durante los últimos meses, producen en los gobernantes surcoreanos. El 16 de diciembre último el presidente Chung Hee Park aseguraba que el régimen de Corea del Norte estaba intentando «lanzar otra guerra similar a la del Vietnam» y que para ello estaba activando la infiltración armada en el Sur. Esta infiltración tendría la misión de crear las condiciones favorables a una irrupción de los Ejércitos comunistas al fomentar un estado de inquietud e inestabilidad, desorganizar la infraestructura del país y crear un ambiente prerrevolucionario entre las masas populares, todo lo cual se considera como un requisito previo y necesario para poder efectuar con éxito una invasión militar cuyos objetivos sean cubiertos rápidamente para descartar una intervención internacional análoga a la de 1950.

En realidad, para que semejante tentativa pudiera tener éxito sería preciso la prevista retirada de las fuerzas norteamericanas allí destacadas bajo el mando de las Naciones Unidas. Esto es lo que se viene pretendiendo con las propuestas presentadas a la Asamblea General de la O. N. U., en octubre y noviembre de 1967, por las delegaciones de diversos países socialistas que tienden a la retirada de los contingentes militares de los Estados Unidos. Tales propuestas se argumentaban en que los incidentes armados, cada vez más frecuentes y peligrosos, son imputables exclusivamente a provocaciones norteamericanas. Se acusaba a Seul y Washington de no respetar los términos del armisticio, con lo que se ponía en peligro la paz. Vasily Kuznetsov, delegado soviético, declaraba el 2 de noviembre de 1967 ante la Comisión Política de la Asamblea General de la O. N. U. que «la guerra puede producirse, a menos que las tropas estadounidenses salgan de la península de Corea». Estos propósitos y maniobras han fracasado hasta el momento—como lo demuestra la reciente resolución de que permanezcan allí las tropas de las Naciones Unidas—, pero la maniobra persiste y es de prever que llegará un momento, más

o menos lejano, en que las tropas norteamericanas deberán ser retiradas de Corea. En ese momento, el Ejército del Norte no ha de encontrar obstáculos para hacer acto de presencia al objeto de lograr de «reunificación» del país «en no importa qué momento, bajo las órdenes del partido y de su jefe», como declaraba Kim Il Sung en su discurso del 1 de mayo de 1967. Mientras llega esa coyuntura propicia, las infiltraciones de comandos y las operaciones guerrilleras en territorio meridional van preparando el ambiente al difundir la rebelión entre las poblaciones sureñas.

Corea del Norte está preparada para una nueva guerra. El Ejército ha sido reforzado al máximo mediante el concurso del material bélico foráneo y del aporte de la propia industria, que representa ya el 67 por 100 del producto nacional bruto. Los espíritus están dispuestos mediante una gigantesca campaña de propaganda desarrollada durante muchos años. Las consignas de sus dirigentes son bien claras. Y se cuenta con la solidaridad moral y material de las naciones del bloque socialista, sin distinción de matices. Todo está a punto para que, en cualquier momento, brote la chispa que encienda una nueva hoguera en aquellos lejanos confines.

JULIO COLA ALBERICH

CRONOLOGIA

